

CINCO DEDOS

¡Despierta!. -Le gritó dedo Índice a Pulgar-, éste se espabiló, luego hizo un estirón y bostezó, entonces Índice y Pulgar miraron a los demás. *Fíjate como duermen, parecen unos ceporros*. -Dijo Pulgar-. *Que te he oído* gritó dedo Medio estirándose para que se viera claramente su mayor altura. Con tanto movimiento dedo Anular también se despertó, pero lo hizo con un mohín que pensó resultaba más fino, a fin de cuentas, era él, de todos los dedos, quien llevaba un aro alrededor de color dorado, que le diferenciaba de los demás, de ahí su vanidad. El Pequeño recibió una cogolla y se puso firme, había que educarlo, ya que aún era pequeño. En realidad, ninguno de los dedos pensó en lo extraño que era, que el peque, no creciera nunca y que cada cual tuviera un aspecto diferente. Si se miraban con atención, Anular e Índice se parecían mucho, aunque les diferenciaba la mayor movilidad de Índice y el adorno de Anular.

Una vez despiertos comenzaron a discutir, algo muy habitual entre ellos, Índice hacía gala de su mayor movilidad y de su capacidad para señalar objetos o cosas, claro que, Pulgar le decía que también solía acusar y éste le respondía con una mirada altanera, haciendo con ello referencia al mayor nivel de altura respecto a la mano. Por su parte, Pulgar que era el más fuerte buscaba siempre la mejor manera para demostrarlo y así hubieran estado si no llega dedo Medio a intervenir, de nuevo se alzó y con su mayor tamaño les regañó, diciendo que dejaran ya de decir tantas tonterías, debían parecerse a él, que era alto y esbelto. Cuando llegaba a esta parte, dedo Anular reía y hacía alarde de su cinturón dorado, porque sabía que dedo Medio lo ansiaba. A todo esto, dedo Pequeño escuchaba y se entristecía, él no tenía un cinturón tan bello como Anular, ni la estatura majestuosa de Medio, ni podía moverse con la rapidez de Índice y tampoco era fuerte como Pulgar, entonces, ¿qué tenía él?, ¿para qué había venido al mundo?.

El Pequeñín se puso a llorar y los otros cuatro dejaron de pelear e intentaron alegrarle, aunque a ninguno se le ocurrió nada, porque tampoco sabían gran cosa. En ese momento, como si hablase consigo mismo, pero en voz alta, Índice dijo: *Algunos veces he pensado que tal vez, haya algo más. ¿A qué te refieres?*, -preguntó Medio-. *¿No os habéis fijado?, nuestros pies están hundidos en esta tierra que algunos, creo llaman mano*. Entonces todos miraron hacia sus pies como si fuera la primera vez que los veían, o mejor, que no los veían.

¡Es cierto!, -exclamó Pulgar-. *Es cierto*, -dijo Anular-, mientras Pequeñín dejaba de llorar y aún con lágrimas en los ojos observaba asombrado sus pies enterrados en esa tierra. Dedo Medio poniendo cara de enigma dijo: *¿Será verdad que hay un Dios?*. Anular respondió: *No lo creo. ¿Por qué no lo crees?*, -demandó Índice-. *Porque nunca le he visto*.

Se hizo el silencio y fue precisamente el Pequeño quien lo rompió con estas palabras: *¿Y si todos fuéramos parte de Dios?. ¿A qué te refieres?*, -preguntó Pulgar-. *A que en esencia, puede que todos seamos lo mismo o formemos parte de un Todo. ¡Qué tonterías estás diciendo!*, -gritó Anular-, *qué tengo yo que ver contigo que eres tan pequeño*. Entonces Medio se estiró y le dijo a Anular que no presumiera tanto. *No veo que puedo tener yo en común con este gordo*, -exclamó Índice-, señalando como bien sabía hacerlo a Pulgar. Como respuesta Pulgar intentó llegar hasta él para darle un mamporro, pero, medió como debía ser, dedo Medio y puso orden.

De nuevo se hizo el silencio y Medio habló: *Puede que no esté tan desencaminada la idea del Pequeñín, ¿acaso vemos que nuestros pies estén desunidos?, los tenemos fijos al suelo, como si fueran raíces. ¿A lo mejor nuestras raíces?*, -apuntó Índice-. *Podía ser, podía ser*, -dijo Pulgar-.

En este punto quedaron los cinco, se miraban entre sí y también hacia sus pies. *¡Pero Bueno!*. *¿Qué locura es esta?*, -dijo Medio-, y continuó: *¿Qué tengo yo que ver con vosotros?, soy el más alto. Sí, eso es cierto*, -añadió Índice-, *pero yo soy más rápido que tu. Y yo soy más bello*, -dijo Anular-. *Y yo el más fuerte aunque esté más abajo que vosotros* -clamó Pulgar-. *Y yo y yo*, -repetía Pequeñín- sin salir de ahí. Entonces sucedió algo insólito, el primero en darse cuenta fue Índice. *No me lo puedo creer* -decía-, mientras miraba asombrado otro dedo Índice frente a él. En seguida los demás dedos tomaron consciencia y se vieron a si mismos como si fuera un espejo, allí estaban enfrentados con sus iguales, así que no eran únicos. Todo aconteció muy deprisa, los dedos no sabrían decir si eran ellos los que se alejaban o eran los otros o quizá ambos a la vez, el caso es que a toda velocidad volvieron a acercarse hasta llegar a chocar con un formidable ¡Splash!. Fue entonces que se oyó el Verbo que dijo: *He debido quedarme dormido, tenía las manos tan entumecidas que casi no las sentía, ahora ya han entrado en calor, así que, manos a la obra* y puso sus dedos a trabajar pulsando teclas que creaban a cada golpe, los ladrillos del Conocimiento. Su obra se titulaba: ETERNIDAD.

Adolfo Cabañero